

LAS SIMETRÍAS PRÓFUGAS DE LOS ECOS EN LA POESÍA DE FERNANDO OPERÉ

FRANCISCO J. PEÑAS-BERMEJO¹

¿Cuándo empieza y termina un viaje? Cronológicamente es fácil, sin duda, establecer las fechas de partida y de llegada, constatar vuelos, barcos, horarios, lugares, eventos, encuentros... y quizá escribir un diario tampoco sea demasiado difícil para fijar muchos de los recuerdos. Nada más simple y nada más complejo. Trasladarse en el espacio no tiene mayor misterio. Pero, ¿y en el tiempo? ¿Qué queda y qué no queda de un viaje? En el poema “En la bahía”, Fernando Operé declara: “no me rindo al círculo fatal del tiempo” (51). Pero, ¿no tenía el tiempo una proyección lineal? Operé moldea esta conceptualización convencional sobre el patrón de la curva, hace coincidir en sus extremos el principio y el fin, anula las fronteras entre el tiempo y el espacio para lograr que formen una única dimensión, un espacio-tiempo a la manera einsteniana, o un cronotopo batjiniiano, es decir, un crisol perenne e instantáneo de actualidad en su discurso lírico donde el viajero, dando la vuelta al mundo, regresa a sí mismo, pues el camino recorrido está también dentro de él; es, a la vez, un viaje interior. Por ello, exclamará en ese mismo poema: “Tomo nota de las cosas que han dejado de ser. / En

¹ ANLE y Profesor, Director del Department of Global Languages and Cultures en The University of Dayton, Ohio, EE.UU. Autor de libros, introducciones críticas y ensayos sobre poesía y novela españolas y latinoamericanas, especialmente contemporáneas. Su campo más reciente de investigación se centra en la estética cuántica. <http://www.anle.us/397/Francisco-J-Pe%C3%B1as-Bermejo.html> y <http://homepages.udayton.edu/~penasbfj/>

algún cajón del pecho permanecen. / A veces se confunden / y se arma un zafarrancho que aturde” (51). De ahí que los ecos de las cosas, de los seres, persistan activos y, a la vez prófugos, si no se anclan simétricamente paralelos al reflejo del sentir y expresar en la escritura. Fernando Operé lo expresará en los siguientes versos al llegar a Hawaii: “Estamos en Hilo. / Lo anoté por si se evapora en la memoria / y me encuentro desayunando en un pueblo sin nombre más allá del tiempo y el calendario” (“Las últimas jornadas”, 94).

La vuelta al mundo en 80 poemas recrea el título de la famosa novela de Julio Verne y la aventura del viaje. Una diferencia esencial, sin embargo, entre ambas obras es el contexto exclusivo del mar que protagoniza las jornadas del poemario de Operé. A través de la maleabilidad y movilidad continua de las aguas se arriba a tierras concretas, como si se anclaran puntos de referencia sólida entre la vida y la muerte en la conjunción de tiempos; así también, se particulariza y globaliza a la vez la experiencia del ser humano en la reflexión poética que arranca de las circunstancias históricas individuales y colectivas para meditar sobre el destino del “yo” y el “nosotros”.

El primero de los poemas, titulado “Inicio del viaje”, configura el ambiente del libro. Si permutamos esas palabras, emerge un significado emblemático, una proyección simbólica, pues el dato anecdótico del comienzo, la referencia a un periplo por mar, trasciende para convertirse en un “viaje iniciático”, es decir, en una experiencia decisiva en la vida por la que el poeta madrileño adquirirá nuevas perspectivas y conocimiento. El viaje, por tanto, no será la mera traslación espacial sino el vértice conformado por la tensión de la búsqueda y el cambio originados por la movilidad de horizontes y paisajes y las experiencias que se deriven. De ahí que el vivir intensamente lo insólito y lo inesperado se convierta en revelación, conciencia y transformación. Los ejes expresivos del libro germinan en su poema inicial/iniciático: el deseo de conocimiento ante la absoluta inmensidad, la belleza de la travesía, la espacialización del tiempo, la dialéctica entre saber y no saber, la tenaz constatación del amor (recuérdese su vibrante poemario *Amor a los cuerpos*), el misterio ignoto del mar y su eco interior insoluble por la ciencia. Y así el viaje comienza y el rito de iniciación también. El poeta se arroja, voluntaria y decididamente al mar para penetrar en la aventura de descubrimiento:

Cruzaré de mar a mar
la inmensidad oceánica
y no entenderé sus secretos.

En las tardes lentas,
la túnica roja del horizonte
perfumará mis párpados.

Las ballenas y la noche
doblegarán las horas hasta enfriar los relojes.

¿Qué sé yo de tormentas y corales?
¿Qué del origen y los espacios fríos?

Yo sé del nocturno amor
encadenado a la lengua
y poco más.

Pero del mar y sus misterios
ni los Darwins o Cocteus conocen

la mínima parte de la remota soledad marina
o la geometría de los ecos.

Así que hoy me inicio en el mar
como si del perfecto viaje se tratase.

Me arrojó al mar enamorado,
suspendido en un gran interrogante.

Operé utiliza el término “arrojarse” al mar con una disposición activa, emocionada ante lo desconocido. En otros poemas también se vale de vocablos o expresiones similares en cuanto a su determinación como “zambullirse” (“Zambullirse en el mar”, 21) o cuando canta “Al mar, al mar” en el poema “Bautismo” (86). Precisamente aquí, Operé nombra la “inmersión bautismal”, sólida alusión a la penetración en las aguas de los rituales de purificación. En el Nuevo Testamento “baptizein” significa “sumergir”,

“zambullir” e implica un renacimiento espiritual, el inicio de una nueva vida y conciencia, una confrontación consigo mismo, una experiencia inédita de la vida que pudiera ser un paso hacia una gran transformación y trascendencia, como señala Operé al hacer escala en Halifax, Nueva Escocia: “¿Nacer de nuevo? / ¿Volver al inicio de la carrera?” (“Halifax, Nueva Escocia”, 18). El mar es, por tanto, como declara Operé síntesis, principio y culminación. Sergio Arlandis señaló, con gran acierto y densa documentación, el proceso del viaje como formación y búsqueda de equilibrio interior al referirse a *Memorial del olvido*, pero, asimismo, es aplicable a *La vuelta al mundo en 80 poemas*, según escribe: “...el interior del ser humano es también una geografía a explorar. Y esto comporta una posterior poesía de carácter reflexivo e indagador como ocurre, módicamente, en la poesía de Fernando Operé en la que el viaje, en definitiva, se manifiesta como búsqueda del *yo* y también del *no-yo* (mundo exterior)” (115).

El itinerario del viaje físico por mar y en barco de Fernando Operé se traza con rumbo al Este. Al mismo tiempo se realiza el viaje interior como simetría del físico ya que el Este coincide con la búsqueda del nacimiento de la luz y de la iluminación que deviene en conocimiento. Frente a la oscuridad del Oeste y las limitaciones que generan las tinieblas, el viaje hacia la luz engendra percepción e intuiciones directas, inmediatas, un camino o dirección que está dentro de nosotros mismos. Se conjugan así planos externos e interiores, lo consciente y la inconsciencia, lo ritual y lo atávico; la ironía ante la solidez aparente de las formas e ideas y la abstracción etérea, para intensificar el alcance de las vivencias por un lado y destacar, por otro, la virtud del mar y de la actividad poética para crear y destruir, para fundamentar el renacer y la transformación, para abrir un cauce en el que todas las posibilidades, insondablemente oceánicas, puedan materializarse ante la mirada alerta y la reflexión del poeta, según expresan los versos de “On Board” (17):

Bajo las plantas de los pies
un mundo se tambalea.
Todo es continuo movimiento,
conspiración de la quietud,
crispación de tuercas.

¡Y yo que confiaba
en la solidez de las ideas!

Mi contorno es lava acuática,
marea amante del desvelo,
danza azul ancestral,
movimiento sensual de las caderas.

¡Es tan diminuto el barco
y las olas tan recias!

¿Qué puedo aprender
del ritmo oceánico,
la descomposición de las formas,
el balance cardíaco del poniente
y la fantasía de las sirenas?

Para enfrentarse con el mar la desnudez radical –“desnudo hasta la entraña” matizará Operé– es condición esencial, porque al mar hay que entrar libre de certezas, de imposturas y de equipajes, enamorado para poder ver lo que el ojo no alcanza, esa confluencia de mar y cielo junto a la belleza instantánea y absoluta, allí donde la canción de las aguas reverbera “soy el mar, soy el mar”, es decir, lo insondable e indeterminado, el reverso, la vejez, la noche abismal, el detrás del escenario “donde concluye la tragedia / o la vida bufa” (“Es hora de partir”, 28). En el poema “Es el mar” (48), Fernando Operé describe lo que no es y lo que es:

No tiene casas con árboles
o arcos neoclásicos.
Carece de monumentos, jardines,
campos sembrados de trigos
o rojas amapolas.
No se viste de flores en primavera
ni revienta en colores en otoño.
Parece haberse desprendido
de un firmamento unívoco y monocolor.

Es azul, verdiblanco, añil a veces,
y perfumado por su propia esencia.
No descansa y parece agitarse
con una cadencia que calma la mirada
y alegra el párpado.

Su canto es profundo y monótono.
Dice agua, paz oceánica, origen,
resurrección y viaje final.

Su amor ni cansa ni se agria.
Paciente como el perfecto amante
inspira las tardes y rejuvenece las mañanas.

Es el mar que me embarga este viaje
mientras atónito contemplo
su eterna noche de olas.

El mar acoge a ese peregrino que viaja con un pasaporte del mundo, que arriba a lugares donde la historia ha marcado con fuego la esclavitud, la violencia, la miseria, la guerra, la muerte; donde la denuncia y la solidaridad son filos de una misma espada de reflexión ante el destino del ser humano, de sus explotaciones, mitos, dioses y religiones alrededor del mundo. De acuerdo con María Ángeles Pérez López, así se formularía en la poesía de Operé “una ética del decir” (13). Pero en la otra cara del espejo, en esos espacios explota la belleza del paraje y la plenitud del instante, la estampa laminada en su esplendor donde la luz refulge y el milagro surge ante los ojos, como en estos hermosos versos de “Paisaje matinal en el mar de la India” (52):

Afuera estaba el mar dialogando con la madrugada.
Suyo era el resplandor sobre la lámina de nácar
que resbalaba en la distancia hasta incendiar las ventanas.

Parecía un nacimiento, un pugilato quizás,
la medida precisa de los astros haciendo guiños.
Un paisaje insólito y planetario.

Durante el viaje se amplía la perspectiva sobre la vida y sobre el mundo desde un plano íntimo y personalizado. El poeta hace, entonces, un recuento y reformulación de manera serena para destacar que las dudas, sus fieles compañeras, alimentan sus sueños y torpezas (“Los guerreros de Xian”, 64), que su vocación es prófuga (“Tráfico en Beijín”, 82), que su rostro, marcado a golpes de cincel y mazo, “saluda a la muerte con paz, sin prisas” (“Rostro frente al mar”, 53) porque el paso del tiempo, la vulnerabilidad y la memoria se convierten en ejes existenciales del genuino poema “Ese que soy” (63):

Cada minuto vivido se adhiere al cuerpo
como corteza o apretado musgo.

Tan etéreo es despertar,
germinar como la madera,
extenderse en el reloj otro minuto
sobre el oratorio oceánico.

Tan frágil la compañía de las nubes,
las tres gotas de lluvia,
las dentelladas tiernas de las olas,
y sin embargo, de tanto repetirse,
permanecen. Abren zanjas en la piel
y penetran en la memoria
sensorial y dérmica.

Vivo emulando momentos
en las vitrinas del recuerdo.
Cada uno a su aire,
agrios y cortantes,
dulces y extraños.
Y de a poco, voy construyendo
este ser que soy,
más esencia que materia,
más pasado que futuro,
extraño a mi propia imagen,
manantial vibrante de algún río.

La meditación sobre sí mismo realiza la simetría entre el paisaje y los territorios físicos que bañan las olas y los campos interiores del océano primordial. Con palabras de cuño heideggeriano, Operé manifestará que es una pluma lanzada al espacio y, en otro momento, expresará su insignificancia y fragilidad ante la magnitud del mundo y del arte, según estos magníficos versos: “¿Cómo no sentirse un átomo, / un segundo, un párpado, un susurro, / pequeña barca de papel / en un mar de monstruos y violines?” (“De Halifax a Cádiz”, 23). En otro poema, “Me declaro vencido” (61), los contrastes entre la diafanidad del color conviviendo con la pobreza o entre la riqueza aplastante del Taj Mahal, y el hambre doloroso a sus orillas, llevan a Operé a cuestionar que exista una lógica, un orden universal y, por ello, afirma: “Prudente sería declararme vencido. / No entiendo los signos / ni interpreto las notas. / Cada nuevo significado / se abre a un sinfín de incógnitas”. Brotan las sensaciones de orfandad, endeblez, tristeza, liviandad, derrota, el sentido de ir a contracorriente, ser “fatiga de infinito” (“Las últimas jornadas”, 94), o la dolorida conciencia existencial del poema “Alternativas al viaje”: “Presente está el huevo que puso la muerte / y las grutas ignoradas por las que discurrió el camino” (96).

El tono general, sin embargo, de *La vuelta al mundo en 80 poemas*, es de digna serenidad aunque, en ocasiones, palpiten la ironía y el escepticismo como potenciadores de la reflexión y de la expresividad. Se trata de incidir en el espectáculo de la vida con voluntad comunicativa, cercana al lector, íntima en cuanto a las preocupaciones reincidentes del poeta que no tienen definición absoluta. Y ahí es donde reside uno de los éxitos de la lírica de Fernando Operé, en su poder convocatorio, en crear una comunidad participativa del yo poético, traductor de sus ojos y su meditación, y los lectores a los que la sugerencia y aventura del discurso persuaden a acompañar a Operé alrededor del mundo. El clima de emoción directa queda compartido, como en estos versos del poema “Lluvia en el mar”: “El mar me reconcilia con los sentidos / en un horizonte de lluvias arrojadas / de un firmamento sin origen. / Que así es el mar, pila bautismal y carcasa del paraíso” (34).

El viaje y el mar, y su naturaleza siempre cambiante de formas y paisajes, establecen simetrías con la búsqueda del horizonte interior, con el anhelo esencial del poeta por encontrar sentido a su existencia. Los espacios y tiempos, conjuntados como dimensión

única, cimentan las vivencias diarias y la absorción mental que se requiere para intentar desentrañar su presencia y designio y, más, para plasmarlas en su actualidad instantánea con aparente sencillez pero, a la vez, con intenso alcance. Angelina Rodríguez matiza perfectamente “la sutileza firme con que su poesía ha ido creciendo en asombrosa y radical sencillez primitiva. Y sin embargo (pues siempre hay trampas en la sencillez) cómo ha ido enriqueciéndose en sugerencias, en reflejos, en prodigioso trabajo poético” (13). Antonio Barbagallo, al referirse a otro poemario de Operé, declara que “No todo se entiende, pero se siente, se intuye. Nada nos deja indiferente” (184). Así es aquí también porque la tectónica artística de Operé en *La vuelta al mundo en 80 poemas*, en correspondencia con el dinámico perfil del mar, configura estados emocionales, direcciones vitales, descubrimientos, transformaciones, un esfuerzo por aprehender, fijar, laminar y dar realidad al acontecer de su conciencia, porque como manifestaba Juan Ramón Jiménez en “Espacio”, “Nada es la realidad sin el Destino de una conciencia que realiza” (38). Y Fernando Operé lanzará una mirada al horizonte y solo le serán devueltas preguntas porque lo suyo es navegar el mar abierto, reconstruir un *puzzle* inequívoco e inexacto, anclar, simétricamente a su sentir, ecos prófugos en la escritura, esa forma tan suya de rezar y reconciliarse con el viento.

El viaje alrededor del mundo transforma a Fernando Operé y, también, a los lectores, pues nos implica en los interrogantes y nos cambia la experiencia del vivir. Con su imaginación creativa y la palabra poética que, según Arlandis puntualiza, “es el arma que puede atrapar el transcurrir del tiempo” (127), el discurso lírico de Fernando Operé se eleva para reafirmarse, para reverberar cuando “los ojos se enamoran /ante la audacia de la ola” (“Bautismo”, 86). Inevitable es regresar a tierra y concluir el viaje físico, aunque no el interno, ya el que el tiempo y el espacio se vinculan connaturalmente para autoseñalar en el espacio literario. Y de ahí que el mar, geográfico e interior, se convierta en uno de los varios signos de identidad de la lírica de Fernando Operé y de su vivencia personal. No en vano su anciana lealtad está prometida al Mar Mediterráneo (“Promesa”, 25). Y los ecos de su voz poética, preservados en la belleza capturada por su palabra, le sitúan entre los mejores poetas de hoy que conectan con amena y viva sensibilidad con sus lectores. Su carta de presentación en este poemario es el mar y sus medios comunicativos un verbo

esencializado y coloquial que consigue preservar el eco prófugo de la belleza y la luz, como en el poema, a manera de conclusión, “Tarde de olas” (92):

Pase lo que pase
una hora de luz sobre esta mar
basta para hacer palidecer
a cualquier dios,
imagen santa, mezquita,
sinagoga, pagoda, templos
y altas cruces,
que parecen gestos torpes
ante el paisaje de olas.

Roma fue Roma Imperial
y la Pax Mongólica
dejó un rastro de fortaleza
terrenal y etérea.

Yo soy aquí, frente al mar,
pequeñez sin margen,
y desde mis pies de arena
me declaro hijo del mar,
soledad que contempló
también mi nacimiento.

Referencias bibliográficas

- Arlandis, Sergio. “Esquemas simbólicos y mito personal: Lectura de *Memorial del olvido* de Fernando Operé”. *Castilla. Estudios de Literatura*, 3 (2012). 111-145.
- Barbagallo, Antonio. “*Amor a los cuerpos* de Fernando Operé”. *Cuadernos de ALDEEU* XV, 1, 1999. 183-185.
- Jiménez, Juan Ramón. “Espacio. Fragmento III”. En María Teresa Font, *Espacio: Autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Ínsula, 1972. 23-44.
- Operé, Fernando. *La vuelta al mundo en 80 poemas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.

Pérez López, María Ángeles. “Prólogo. La poesía de Fernando Operé: Lirismo, territorios del corazón”. En Fernando Operé: *Memorial del olvido*. Chaco, Argentina: Resistencia: Librería de la Paz, 2005. 5-15.

Rodríguez, Evangelina. “Prólogo. El gozo de lo real”. En Fernando Operé, *Salmos de la materia*. Madrid: Editorial verbum, S.L., 2000. 13-26.

